



D. C. Comok

5 Julio 1918

Madrid

NUOVO MUNDO

LA HERMANDAD FUTURA

QUÉ se ha hecho de los que hace veinte años partimos á la conquista de una patria?

Quiero decir de los que partimos á la conquista de una patria, ya que entonces, en rigor, no la teníamos— ni la tenemos hoy—, y no de los que se afiliaron en este ó aquel partido político, desde la extrema derecha á la extrema izquierda, en un partido cualquiera con santo y seña y jefe reconocidos, de esos que sirven para hacerle á uno diputado á Cortes y, si peta, ministro. Estos no van nunca á la conquista de una patria; con la nación que vota los presupuestos tienen bastante. Al político de carrera no le hace falta patria.

¿Qué se ha hecho de los que hace veinte años partimos á la conquista de una patria?

Hay que ver primero, que no partimos juntos en el sentido espiritual. Sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso un común dolor: la angustia de no respirar en aquella España, que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, á raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hicéramos de acuerdo. Cuando un terremoto destruye los viejos hogares de un pueblo, no es menester que los vecinos de éste se pongan de acuerdo para emigrar á una. Y han de juntarse, quieran ó no, en las primeras etapas del camino.

Nos juntamos en más de un sitio. El semanario *Vida Nueva* nos juntó. Pero no nos unió. Fué una plaza donde se nos dejó gritar á cada uno su grito. Hasta Felipe Trigo lanzó allí el suyo. Mas por debajo, la discordancia era evidente. Aquel semanario fué anárquico, no anarquista. Y de aquí su eficacia.

Ningún santo y seña común nos unía. Ni debía unirnos. Así fué mejor, mucho mejor. De allí no salió, ni pudo ni debió haber salido una Liga, una comunidad, algo que implicase organización de partido político, por flojo y elástico que sea. De allí no pudo salir una cofradía ó una hermandad.

Para que haya hermandad, verdadera hermandad, tiene que haber patria; para que haya hermanos, tiene que haber padre ó madre común, aunque sea muertos. Y nosotros no reconocíamos padre ni madre espirituales, ni aun muertos. No era resucitar á España lo que queríamos, era hacer una nueva. Habíamos roto espiritualmente con la tradición nacional, aunque ésta, quisiéramoslo

ó no, á sabiendas ó sin saberlo, nos mejorara las doloridas entrañas y aun fuese ella la que, llevándonos á renegar del pasado— que esto reniego es muy tradicional—, nos empujaba á la conquista de una patria.

Nos encontramos, sin ella, huérfanos espirituales. Ansias insaciables nos consumían los redaños del ánimo. Ninguno de nosotros sabía, en realidad, lo que buscaba.

Aunque sí, lo sabíamos bien, muy bien. Cada uno de nosotros buscaba salvarse como hombre, como personalidad; buscaba afirmar en sí al Hombre. En aquel naufragio de la civilidad, esto es, de la humanidad de España, cada uno de nosotros buscaba salvarse como hombre. Pero, ¿hombre y sin patria? Por





eso partimos á la conquista de una. Acaso sentíamos obscuramente que ha sonado la hora de acabar las patrias—*patrias* ó *matrias*—y que llega el alba de las *fratrias* (no en el sentido latino clásico), de las cofradías ó hermandades, donde no se preguntan los hombres unos á otros por el padre ó la madre común. Les basta saber que serán, al cabo de generaciones, comunes sus hijos. Teníamos un vago ensueño, una ilusión con que nos maridamos, y por esta ilusión, carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, íbamos á dejar á padre y madre. Y más que los sentíamos muertos. ¿Va acaso la nueva pareja á hincar su hogar sobre la tumba de los padres?

Pero no éramos hermandad tampoco. No nos juntaba más que una falta, una carencia, una orfandad, y lo que junta no une. La servidumbre, yunta ó unce á dos bueyes al mismo yugo, pero no les une. Nosotros rompimos el yugo y empezamos á destrozar el campo y á pisotear los surcos y á trastornar y deshacer la labor de la servidumbre. Hasta que, dispersos, se han parado los más. Y más de uno se ha dejado poner la herra y marcar. Otros, los menos, aun acometen en coso donde les lidian á capa, y así les derrengan, mientras llega la hora de que les den la estocada.

¿Qué se ha hecho de los que hace veinte años partimos á la conquista de una patria? ¿La hemos encontrado?

No, no la hemos encontrado. Y los que se han rendido antes, los que antes se han convertido de nuestra rebeldía, esos la han encontrado menos. Porque no es patria la jaula, de oro ó de hierro ó de lo que sea, en que se han encerrado á descansar, esperando á la muerte.

La guerra, esta guerra del mundo de que, ó no hay Dios, ó tiene que salir la Hermandad humana, la cofradía de los pueblos sobre las ruinas de la vieja patria potestad pública; esta guerra del mundo, esta guerra de las democracias ó hermandades contra las autocracias ó paternidades, ha acabado de dispersarnos á los que hace veinte años partimos, juntos aunque no unidos, de un lugar y de un momento y de un dolor comunes, aunque no de un espíritu común, á la conquista de una patria. Porque el lugar y el momento y el dolor juntan, pero no unen. El dolor más bien disocia y desune, hace solitarios. Fuímos una pequeña tropa de ermitaños, un escuadrón de solitarios.

¿Cuál fué nuestro pecado? Nuestro pecado fué partir á bus-

car una patria—ó una *matria*, es igual—y no una hermandad. No nos buscábamos unos á otros, sino que cada cual buscaba su pueblo. O mejor dicho: su público. La patria que buscábamos era un público, un público y no un pueblo, y mucho menos una hermandad.

¿Qué nos queda? Morir cada uno en su rincón: éste en una caverna, aquél en una sima, el otro en una cumbre, pero morir solos y sin patria ni hermandad. Tal vez se llegue á formar alguna, una pequeña cofradía, sobre la tumba de alguno de nosotros. ¡Y dé gracias á Dios aquel cuyas cenizas sean punto de unión de hombres y hermanos venideros!

Miguel de Unamuno

